

San Juan Crisóstomo

LA CORRECCIÓN FRATERNA

1. Como había el Señor dirigido tan duras palabras contra los escandalizadores y los había por todas partes aterrado, por que los escandalizados no se volvieran por ello negligentes y pensarán que todo se había dicho por los otros y, halagados, vinieran a dar en otra maldad y, queriéndolo corregir todo, terminaran en orgullo, mira cómo también a éstos los reprime ahora y les manda que la corrección se haga entre el ofendido y el ofensor solos. De este modo, el mayor número de testigos no haría más grave la acusación y se evitaría el riesgo de que el otro, haciéndose más descarado, quedara incorregible. De ahí que diga: *Corrígele entre ti y él solo, Y si te escuchare, has ganado a tu hermano. ¿Qué quiere decir: Si te escuchare? Si se condenare a sí mismo, si reconociere que ha pecado.*

Has ganado a tu hermano. No dijo: 'Te has vengado suficientemente', sino: *Has ganado a tu hermano.* Con lo que da a entender que el daño de la enemistad era mutuo. Porque no dijo que sólo el otro se ganó a sí mismo, sino que tú también le ganaste; con lo que demuestra el Señor que uno y otro habían antes sufrido daño: el uno en su hermano, el otro en su propia salvación. Es la misma enseñanza que nos había dado el Señor antes, sentado sobre el monte.

Porque entonces, una vez había remitido al ofensor en busca del ofendido, y así dijo: *Si, estando junto al altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, anda y reconcíliate con tu hermano.* Otra, manda que el ofendido perdone a su prójimo, pues nos enseñó a decir al Padre: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Aquí, empero, excogita otro modo, pues no es el ofensor, sino el ofendido, quien ha de buscar la reconciliación. Como el ofensor no sería fácil que fuera a dar explicación, de pura vergüenza y sonrojo, de ahí que manda al ofendido que dé ese paso, y no sin más, sino con el fin de corregir lo sucedido. Y notad que no dice: 'Acúsale', ni: 'Repréndele', ni: 'Pídele cuenta y razón', sino: *Corrígele.* Él está detenido en una especie de pesadez de borrachera, por la ira y por la vergüenza; eres tú, pues, que estás sano, quien ha de ir al enfermo y constituir un tribunal privado y hacer suave y llevadera la curación. Porque decir: *Corrígele,* es como si dijera: Recuérdale su pecado, dile el daño que has recibido de él. Lo cual es ya, si se hace como es debido, un modo de excusarle y de invitarle a la reconciliación, ¿Y qué hacer si no hace caso de la corrección y se obstina en su pecado? *Toma todavía contigo uno o dos a fin de que todo asunto se apoye en la boca de dos testigos.* Cuanto más desvergonzado e insolente se muestre el pecador, tanto más empeño hemos de poner nosotros en su curación, no en nuestra ira y enfado. Cuando el médico ve que la enfermedad se agrava, no por ello cesa en su empeño ni se enfada, sino que entonces es cuando redobla sus esfuerzos. Es lo que Señor nos manda hacer aquí. Puesto que tú sólo has sido demasiado débil, acrecienta tu fuerza tomando a otros contigo. A la verdad, con dos

basta para reprender o corregir al pecador. Mirad cómo el Señor no mira sólo al interés del ofendido, sino también al del ofensor. Porque, realmente, el que ha sufrido daño es el que se dejó dominar de la pasión. Éste es el enfermo, éste el débil, éste el que sufre. De ahí las veces que el Señor le manda al ofendido que le vaya a visitar: primero solo, luego con otros; y, si todavía se obstina, con la Iglesia entera. *Dilo entonces-dice-a la Iglesia*. Si el Señor hubiera mirado sólo al ofendido, no hubiera mandado perdonar setenta veces siete veces al ofensor que se arrepiente ni le hubiera procurado tantos correctores de su pasión por tantas veces enviados. Al primer encuentro que hubiera seguido sin enmendarse lo hubiera abandonado. Pero lo cierto es que manda que le cure una, dos y tres veces: una vez a solas, otra con dos, otra con más. Por ello justamente nada semejante dice de los de fuera: *Si uno-dice-te da un bofetón en la mejilla derecha, vuélvete también la otra*. No así aquí. Que es lo mismo que dice Pablo: *¿Qué tengo yo que ver con el juicio de los de fuera?* A los hermanos, empero, manda que se los corrija y se los aparte del mal y, caso de no someterse, cortarlos de la comunidad, a fin de que se confundan. Lo mismo hace aquí el Señor, pues está legislando sobre los hermanos. Y al que ha pecado le señala tres maestros y tres jueces que le hagan ver lo que hizo en el momento de su embriaguez. Porque si bien es el pecador el que habló y obró todas aquellas torpezas, necesita que otros le expliquen lo que hizo. Exactamente como al borracho, pues no hay embriaguez que así saque al hombre de sí y que constituya al alma en tan grande locura como la ira y el pecado. ¿Quién, por ejemplo, más discreto que David? Y, sin embargo, no se dio cuenta de que había gravísimamente pecado, pues el deseo se había apoderado de todos sus pensamientos, y había, como un sopor, aletargado totalmente su alma. De ahí que necesitara de la luz del profeta y de que con sus palabras le hiciera caer en la cuenta de lo que había hecho. De ahí también que el Señor quiera que vayan al pecador quienes le hablen de lo mismo que ha hecho.

Si no oyere a la Iglesia sea para ti como un gentil o publicano

2. Mas ¿por qué manda el Señor que sea el ofendido quien reprenda y no otro? Porque el ofensor soportará mejor la reprensión del mismo a quien él agravió, ofendió y perjudicó. No se soporta, efectivamente de igual modo la reprensión que nos viene de un tercero en favor del ofendido que la que nos pueda dar el ofendido mismo, sobre todo cuando nos la viene a dar a solas. Cuando el culpable ve que quien debía exigir castigo contra él, ése es justamente quien se interesa por su salvación, ése será también quien mejor podrá reprenderle, pues ve que no lo hace con espíritu de venganza, sino con deseo de corrección. De ahí que tampoco manda el Señor que se tomen inmediatamente los dos testigos, sino sólo después que uno mismo haya fracasado; y aun entonces no le pone delante una muchedumbre, sino sólo dos y hasta uno solo. Sólo cuando a éstas desprecie, lo conduce delante de la Iglesia. Tanto interés tiene el Señor en que no se publiquen los pecados de nuestro prójimo. Realmente, podía haber mandado que la reprensión se hiciera desde el principio ante la Iglesia; sin embargo, para evitar esa publicidad, no lo mandó. Sólo después de la primera y segunda exhortación puso la ley de denunciarlo ante la Iglesia. Y ¿qué quiere decir: *Sobre la boca de*

dos o tres testigos se apoyará toda palabra? Con ello-quiere decir-tienes suficiente testimonio de que has hecho cuanto de ti dependía, que nada has omitido de lo que a ti te tocaba. Mas si también a los testigos desoyere, *dilo a la Iglesia*, es decir, a los que presiden en la Iglesia. *Mas si también a la Iglesia desoyere, sea para ti como un gentil o publicano*. Porque la enfermedad de ese tal es ya incurable. Considerad, os ruego, cómo en todas partes pone el Señor como ejemplo de máxima maldad al publicano. Antes, efectivamente, había dicho: *¿No hacen eso mismo los publicanos?* Y otra vez más adelante: *Los publicanos y las ramera se os adelantarán en el reino de los cielos*; es decir, las gentes más viles y condenadas. Óiganlo los que se arrojan a negocios inicuos y amontonan intereses e intereses. ¿Y por qué puso el Señor al pecador obstinado entre los publicanos? -Para consolar al ofendido y espantar al pecador mismo. - Luego ¿no habrá más castigo que ése? -¡En modo alguno! Escuchad más bien lo que sigue: *Cuanto atareis sobre la tierra, atado quedará sobre los cielos*. Y no dijo al presidente de la Iglesia: 'Ata al que así pecare', sino: *Cuanto atareis*. Lo que era dejarlo todo en manos del ofendido. Y las ataduras permanecen irrompibles. Luego el pecador habrá de sufrir los últimos castigos; pero de ello no tiene la culpa el que lo denunció, sino el que no quiso someterse. Ya veis cómo el Señor condenó al pecador a doble necesidad: al castigo de aquí y al suplicio de allá. Mas si amenaza con el castigo de aquí es para que no llegue el suplicio de allá, sino que se ablande más bien el obstinado por el temor de la amenaza, por la expulsión de la Iglesia, por el peligro de ser atado en la tierra y quedar también ligado en los cielos. Sabiendo esto, si no al principio, por lo menos al pasar por tantos tribunales, es natural que el hombre deponga su ira. De ahí haber establecido el Señor uno, dos y hasta tres juicios, y no expulsar inmediatamente al culpable, pues si desoye al primer tribunal, puede ceder al segundo; si también rechaza al segundo, aun le queda el tercero. Si también a éste rechaza, aun puede espantarlo el castigo venidero y la sentencia y justicia de Dios.

La oración en común; condiciones para ser oído

Yo os digo, además, que si dos de entre vosotros estuvieren de acuerdo sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren les será concedida por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Mirad cómo deshace por otro lado las enemistades y elimina las pequeñeces de alma y nos une los unos con los otros. Mas ahora no por el castigo con que nos amenaza, sino por los bienes que nos vienen de la caridad. Y es así que, después de aquellas graves amenazas a la terquedad, aquí nos presenta los grandes premios de la concordia, como que entre si unidos son capaces de alcanzar del Padre cuanto le pidiera y tienen en medio de sí a Cristo mismo. -- Ahora bien, ¿es que no hay dos que estén entre si de acuerdo? -Ciertamente que si, en muchas partes y quizá en todas partes. -Cómo es, pues, que no consiguen todo lo que piden? Porque hay muchas causas que les impiden conseguirlo. En

primer lugar, muchas veces piden cosas inconvenientes. ¿Y qué maravilla que otros las pidan, cuando lo mismo aconteció al mismo Pablo, a quien hubo de decirle el Señor: *Te basta mi gracia, pues mi fuerza se acaba en la flaqueza?* Otros no están a la altura de quienes oyeron esas palabras del Señor y no hacen lo que está de su parte, cuando Él busca a los que son semejantes a los apóstoles mismos. De ahí que diga: *Si dos o más de entre vosotros*, es decir, de entre los que practican la virtud, de los que llevan vida verdaderamente evangélica. Otros ruegan contra quienes les han ofendido, reclamando castigo y venganza, lo cual nos está prohibido. Porque *rogad*-dice el Señor-*por vuestros enemigos*. Otros, en fin, piden misericordia sin arrepentirse de sus pecados, y entonces es imposible recibirla, ora la pidan ellos, ora la suplique en favor de ellos otro que tenga valimiento para con Dios. Así Jeremías, orando por los judíos, hubo de oír: *No me ruegues por este pueblo, porque no quiero escucharte*. Mas si se dan todas las condiciones debidas: pedir lo que conviene, hacer todo lo que está de tu parte, llevar vida apostólica, guardar la concordia y el amor con tu prójimo, no hay duda que alcanzarás lo que pidieres, pues misericordioso es el Señor.

La caridad, lazo de unión en Cristo

3. Después de decir el Señor: *Les será concedido de parte de mi Padre*, para mostrarnos que también El y no sólo el Padre concede la gracia que se pide, añade: *Porque donde hubiere dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos*. -Ahora bien, ¿es que no hay dos o tres reunidos en su nombre? - Los hay, pero raras veces. Porque no habla el Señor simplemente de unión ni es eso lo único que El requiere, sino principalmente, como ya antes he dicho, que se acompañe de las demás virtudes. Luego esto mismo nos lo exige con mucho rigor. Porque lo que aquí quiere decir es lo siguiente: 'Si alguno me tiene a mí por causa principal de su amistad con el prójimo, yo estaré con él, a condición de que tenga también las otras virtudes'. Pero la verdad es que la mayor parte vemos que tienen muy otros motivos de amistad. Uno ama porque a él le aman; otro, porque le han honrado; otro, porque alguien le fue útil en algún negocio mundano; otro, por cualquier otro motivo semejante. Por Cristo, empero, es difícil hallar quien ame auténticamente y como es debido a su prójimo que le ama. La mayor parte se unen entre sí por razón de negocios humanos. No amaba así, ciertamente, Pablo. Para Pablo el motivo del amor era Cristo. De ahí que, aun cuando a él no se le amara como él amaba, no por eso se menoscababa su caridad, pues eran muy hondas las raíces de su amor. Bien diferente de lo que ahora vemos. Si examináramos uno por uno todos los casos, hallaríamos que en la mayoría cualquier motivo hace la amistad antes que éste del amor de Cristo. Y si ahora se me permitiera llevar a cabo ese examen en tan grande muchedumbre, yo os demostraría que la mayoría de los hombres se unen entre sí por puros motivos terrenos. Lo cual se demuestra por las mismas causas que producen la enemistad. Como quiera que se unen entre sí por motivos pasajeros, su amor no puede ser ni

ardiente ni constante. Una desatención, un perjuicio en los intereses, la envidia, la vanagloria, cualquier otro accidente semejante que ocurra, basta para deshacer la amistad. Es que esa amistad no dió con la raíz espiritual. De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, mirando al motivo por que ama, no dejará jamás de amar. El que ama por ser amado, apenas sufra algo desagradable, terminará con su amor; mas el que se liga con la caridad de Cristo, jamás se apartará de esa caridad. De ahí que Pablo dijera: *La caridad jamás desfallece.*

No hay RAZÓN alguna para dejar la caridad

¿Qué razón, en efecto, tienes que alegar? ¿Que el otro respondió a tus consideraciones con injurias? ¿Que quiso derramar tu sangre en agradecimiento de tus beneficios? Mas si amas por Cristo, éstas son razones que te han de mover a amar aún más. Porque lo que destruye las amistades del mundo, eso es lo que afianza la caridad por Cristo. ¿Cómo? En primer lugar, porque ese ingrato es para ti causa de mayor galardón. En segundo lugar, porque ése justamente necesita de más ayuda y de más intenso cuidado. Por eso, el que de esta manera ama, no mira el linaje, ni la patria, ni la riqueza, ni el amor que a él se le tenga, ni otra cosa alguna semejante. Aun cuando a él se le odie, aun cuando se le insulte, aun cuando se le quite la vida, él sigue amando, pues le basta, para motivo de amar, Cristo. De ahí que, mirando a Cristo, permanece fijo, firme e inmutable. Porque así amó también Cristo a sus enemigos, a los ingratos, a los que le insultaban y blasfemaban, a los que le aborrecían, a los que no querían ni verle, a los que lo posponían a leños y piedras, y los amó con el más alto amor, aquel después del cual no es posible ya hallar otro. *Porque nadie*-dice Él mismo- *puede tener amor más grande que d la vida por sus amigos.* A los mismos que le crucificaron, a los mismos que tantos oprobios le hicieron sufrir, mirad cómo no cesa Él de amarlos. Pues es así que ruega por ellos a su Padre, diciendo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.* Y luego, a esos mismos les envió sus discípulos.

Exhortación final: imitemos la caridad de Cristo

Imitemos también nosotros esa caridad, miremos a ella como a dechado, a fin de que, hechos imitadores de Cristo, alcancemos los bienes presentes y los venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria poder por los siglos de los siglos. Amén.